

gantes y enérgicos historiadores, políticos y filósofos. No está reducida su literatura, como pretende el señor Gullon, á Camoens y á unos cuantos nombres aislados. Desde Ferreira y Sá de Miranda, los eminentes líricos se suceden hasta Garçao, Francisco Manuel, Garrett, Mendez Leal, y Feliciano del Castillo; sus historiadores Barros, Couto; Freire, Lucena, Fray Luis de Souza y Herculano, nada deben envidiar á los nuestros; y en punto á novelas y otras obras de entretenimiento, tienen las portuguesas mucho que presentar, desde Bernardin Riveiro hasta á algunos ingeniosos novelistas del día. Ellos nos dieron á Jorge de Montemayor, y ellos nos disputan la creacion de los dos más discretos libros de caballería, el *Amadís de Gaula* y el *Palmerin de Inglaterra*.

Creemos haber demostrado, aunque harto ligeramente, que es falso que los portugueses no tengan una grande historia, una grande literatura, y un carácter propio nacional. Que sería impolítico decir esto, aunque no fuese falso, y que iría contra las miras y propósitos de cualquiera que tratase de predicar el ibe-rismo, es cosa tan clara, que no necesita demostración.

Aunque estuviésemos de continuo pugnando por persuadir á los portugueses de su excasa importancia, no se persuadirían de ella, y tendrían razón, y sólo conseguiríamos, en vez de hacernos los amigos, suscitar su ira y su rencor, y despertar rivalidades, que ya debieran estar muertas para siempre. Portugueses y castellanos nos parecemos en muchas cosas, como

hermanos que somos, y no es en lo que ménos nos parecemos en la soberbia y altivez de condición, y en el invencible amor propio nacional; así, pues, como hemos dicho ya en otro artículo, debemos estar prevenidos para no herirnos cuando queramos abrazarnos. Camoens; que conocía bien á sus compatriotas, y en este predicamento nos lisongeamos, á pesar de todo, de incluir á los españoles, decía, hablando de las diferentes naciones que pueblan la Península, que son

Todas de tal nobreza e tal valor
que qualquer d'ellas cuida que é melhor.

IV.

En nombre de la fraternidad que debe unirnos á los portugueses, hemos condenado varias expresiones y razonamientos del Sr. Gullon, que inadvertidamente acaso se han deslizado en su folleto, y hemos tratado de probar que Portugal ha sido una gran nación; tarea inútil, sin duda, si en España conociésemos mejor la vida del pueblo habitador de aquella parte de la Península; pero tarea no del todo fuera de propósito, cuando en España se ignora tanto de Portugal cuanto en Portugal de España (que no acertamos á encarecerlo más), naciendo de esta imperdonable ignorancia mútua el mútuo desvío y el infundado menosprecio con que á veces nos miramos.

Portugal, pues, como ya hemos dicho, es una nación, y su historia y su literatura, independientes y

grandes, le dan todo el carácter y las condiciones de serlo. No son los portugueses una fracción de nuestra nacionalidad, que ha constituido un Estado aparte, sino que son una nación gloriosa y distinta, como lo fueron la aragonesa y escocesa. Pero esto no se opone á la posibilidad ni á la realización de la unidad pacífica de ambos reinos, en un porvenir más ó menos remoto. El error del Sr. Gullon no está, á nuestro ver, en buscar la unidad, sino en buscarla y en no creerla posible sin menoscabar la nacionalidad portuguesa, y sin oscurecer sus brillantes blasones.

Por lo demás, convenimos con él en que la *configuración topográfica* de ambos países, *la religión, la raza, las costumbres* nos convidan á unirnos, y en que Portugal puede un día ser España, sin perder por eso sus timbres y lauros antiguos, como no los han perdido ni Aragon, ni Castilla. Aragon no ha borrado ni perdido las páginas hermosas de su historia inmortal, sino que las ha esclarecido y duplicado. No cifra ya solamente su orgullo en los hazañosos condes de Barcelona, sino también en Bernardo del Carpio, y en el Cid, y en el conde Fernán González; no se jacta solo de sus trovadores, sino también de nuestros poetas; no anda solo orgulloso de su D. Jaime el Conquistador, sino también de nuestro San Fernando: junto á Roger de Lauria, pone á Pero Niño; y junto á D. Pedro el Grande y á D. Alfonso el Magnánimo, al Gran Capitán y al gran Cortés, dignos ambos de estar al lado de tales reyes.

El español que rebaja la gloria de Portugal, y el

portugués que rebaja la nuestra, se diría que anhelan destruir un tesoro que un día ha de pertenecer por entero á la patria común, y que ya en cierto modo le pertenece. La gloria de España es un complemento de la de Portugal, y la de Portugal de la de España; no se limitan, no se dañan, y sí se completan. Dejad que nos engriamos de vuestro Camoens, y tomad en cambio á Cervantes; por vuestros líricos os damos el Romancero; por Alburquerque á Cortés y á Pizarro; por vuestro rey D. Manuel á nuestra Isabel la Católica.

Así como no queremos empequeñecer vuestra existencia pasada, tampoco queremos negar vuestro valer en el día. Si ambicionamos la unidad, y si suspiramos por ella, algunos tal vez con imprudencia sobrada, no creáis que es porque os consideremos pobres y flacos, sino porque os consideramos aún poderosos y ricos, ó capaces de serlo. Harto se sabe, aunque diga lo contrario alguna poco acertado escritor en un momento de ese orgullo que teneis vosotros y que nosotros tenemos, harto se sabe que poseéis recursos para vivir, y esperanzas de larga vida, y aún de prosperidad y de engrandecimiento.

No hay, pues, motivo en el fondo para ese odio que muestran algunos, para ese continuo recelar y hasta para ese menosprecio, que falsos ó extraviados patriotas de Portugal y de España atizan á veces entre estas dos naciones hermanas, volviendo el rostro á países extranjeros, embelesándose más de lo justo con la civilización de Francia y de Inglaterra, admirán-

dose exclusivamente de su literatura, remedando mal sus instituciones, encomiando y ensalzando con servil entusiasmo á sus hombres y sus cosas, y despreciando, achicando y zahiriendo todo lo nuestro, ó por ser español, ó por ser portugués. Se diría que nuestro espíritu se ha humillado con la decadencia y la desgracia, y que sólo da cabida á ruines y mezquinos celos. ¿Era así Lucena que eligió á un español por héroe del libro más bello que quizás tengáis escrito en vuestro idioma? Era así Camoens, que llamaba al castellano *grande e raro*, y que pronosticaba de España que la inconstante fortuna no podrá jamás poner mengua en ella, ni mancha

Que lha nao tire o esforço e ousadia
Dos bellicosos peitos que em si cria?

No era así, por último, aquel generoso castellano que, momentos antes de comenzar la batalla de Aljubarrota, dijo á vuestro Alvarez Pereira: «¡Al fin sois los mas honrados del mundo, ora seais vencedores, ora vencidos, porque si venceis siendo tan pocos, y si vencemos siendo tantos, toda la gloria y toda la fama es vuestra!»

Hoy, sin embargo, en plena paz, sin el menor proyecto hostil ni invasor, nos maltratamos de palabra y por escrito. ¿Es que hay más patriotismo ahora? No; es que sin saberlo, nos dejamos llevar de inspiraciones extranjeras; es que nos maravillamos tanto de las grandezas y de la prosperidad de otros países, que el

ánimo se sobrecoje y predispone á despreciar y á aborrecer, cuando no lo propio, por cierto pudor, lo que debiera ser punto menos que propio. La verdad es que nunca el patriotismo exclusivo portugués ha rayado tan alto como en estos últimos tiempos, ni durante la deplorable guerra de veintiocho años que precedió á la separacion. Entónces os mostrabais con fundamento aborrecedores del *mal sufrido cautiverio*, del

Hypocrita tyrano e nao prudente,

y de los dos Felipes sus sucesores; pero no aborreciais tanto, como muestran ahora aborrecer algunos, á la nacion española. A ella pertenecia aquella valerosa mujer y prudentísima reina que tanto contribuyó á daros la libertad que apeteciais: aquella Guzman que persuadió y excitó al tímido y vacilante marido para que se ciñese la corona, que educó al hijo D. Pedro para que se os gobernase y dirigiese, que contuvo y corrigió, mientras le fué posible, los delirios y maldades de D. Alfonso, que buscó la alianza de Inglaterra y de Francia, y que hizo venir á Schomberg, y á los soldados extranjeros para que contra nosotros os ayudasen.

Así se apartó Portugal del moribundo imperio español, en tiempo del desdichado Carlos II. Por el tratado de 1668 reconoció España á Portugal como un Estado independiente y libre: pero del perpétuo cumplimiento de esa carta de horro, salió Inglaterra por fiadora, y no hay dudar en que, si un día todos los

portugueses unánimes quisieran volver á unirse á España, Inglaterra los obligaria, si pudiese, á conservar su libertad y su independencia, valiéndose tal vez de los mismos medios suaves y filantrópicos que ya ha empleado con los habitantes de las islas Jónicas, para que no se unan con los otros griegos.

No es esto decir que nosotros creamos que ejerza Inglaterra un protectorado sobre Portugal; que sea Portugal una colonia inglesa, como pretenden algunos. Nosotros creemos á los portugueses celosísimos de su independencia y de su dignidad, y no exajeramos hasta ese extremo el influjo y la preponderancia de la Gran Bretaña sobre ellos. Pero aunque tuviésemos por cierta esa preponderancia, la deplorariamos como un infortunio, y no la censurariamos como una falta de energía. La fatal é inevitable humillacion de Gibraltar nos hace, en este punto, menos severos, y la reciente humillacion voluntaria de las notas de Calderon nos obliga á ser tolerantes. Lo que nosotros decimos es que á Inglaterra le conviene, le importa mucho nuestra separacion, y que tal vez se moveria á conservarla con violencia, aún cuando quedasen pocos portugueses que la quisieran, y aún cuando las cosas y la opinion estuviesen ya maravillosamente dispuestas y propicias á la fusion de ambas naciones. Este seria el último y poderoso obstáculo que habria que vencer para alcanzar la unidad deseada, sin una guerra peninsular, encendida por los ingleses mismos, y sin menoscabo ó pérdida de algunas de nuestras colonias.

Pero ántes de llegar á este último trance, ¿cuántas otras dificultades no nos quedan que allanar? ¿Cuántos medios no nos quedan que interponer para irnos acercando cada vez, en lugar de separarnos?

Pensar, por consiguiente, en la fusion inmediata es casi una locura; es, por lo ménos, una imprudente audacia; pero pensar en separarnos más de lo que estamos, es un extravío del sentimiento patriótico, que redundará en perjuicio de ambos países.

El melancólico amor de la patria decaida, las *sau-*dades de la pasada grandeza, que han hecho soñar en un quinto imperio portugués, y que han convertido á D. Sebastian en un Mesías nacional, en otro nuevo rey Arturo, no bastan á dar razon de estos recelos perpétuos y de estas arraigadas y poco amistosas preocupaciones que muestran los portugueses contra toda la nacion española, mientras que, para cada uno de sus individuos que llega á visitarlos, hemos de confesar y agradecer que son por extremo afectuosos, hospitalarios y francos. Los portugueses ceden en esto, como nosotros, en la infundada altivez con que á veces los miramos, á un espíritu de extranjerismo que, á pesar nuestro, y sin que lo notemos bien, nos domina.

Así, por ejemplo, cuando los portugueses acusan de feroces y de crueles á nuestros héroes pasados, no hacen más que repetir las acusaciones y hacerse eco de la envidia extranjera. Cortés, Pizarro, Almagro, Balboa, fueron crueles; pero ¿qué guerreros de otra nacion cualquiera no lo hubieran sido, no lo fueron en aquella edad? ¿Eran los portugueses mucho

más blandos de condicion, mucho más humanos? Vuestros mismos poetas ¿no califican á Alburquerque llamándole *o feroz*? Pero ni vosotros ni nosotros nos distinguimos entonces por la ferocidad y la codicia de que nos motejan los que tambien lo fueron entónces y siguen siéndolo en el día, con menor disculpa, y mostrándose en la India tan duros y sin entrañas. Por lo que nos distinguimos fué por el dichoso atrevimiento, y por aquella constancia con que ensanchamos el mundo, dimos al antiguo otro nuevo hemisferio, y abrimos los nunca hollados senderos.

Per onde fosse descubrir á Lysia
Os imensos thesouras do Oriente:
Per onde nos trouxesse ao Tejo ufano
As perolas brilhantes, que adornavan
Do sol os ricos paços,
E os thalamos da aurora.

Y á fin de poner término y coronar dignamente esta empresa de descubrimientos que Portugal empezó, para eterna gloria del infante D. Enrique y de los navegantes de Sagres, los cuales descubrieron el otro cielo hermosísimo de la parte del Austro, y las refulgentes estrellas con que soñó Dante en su poético arrobó, unieron España y Portugal á dos hijos suyos, y, merced á Elcano y á Magallanes, se dió por vez primera la vuelta á este globo en que vivimos.

Nuestras glorias y las glorias de los portugueses son las mismas, y no pueden quitárnoslas sin quitárselas: las mismas son tambien nuestras culpas, y así, no pueden injuriarnos sin que la injuria recaiga sobre ellos.

Tal vez nos hayamos detenido demasiado en estas consideraciones sobre las cosas que fueron; pero repetimos que no nos parecen impertinentes al asunto, á fin de disipar prevenciones, recriminaciones y vanas altiveces, de que suelen estar poseidos, por desgracia, el vulgo de uno y de otro país, y aún no pocas personas ilustradas.

Hablemos ahora del estado actual del reino vecino, y procuremos demostrar que ni es lastimoso como algunos creen, ni es conveniente que lo sea, ántes conviene lo contrario al propósito de la unión.

V.

Después de esforzarse el Sr. Gullon en demostrar la poca importancia histórica de Portugal, pasa á hacerse cargo de su estado actual, y le pinta y describe como verdaderamente lastimoso. *Su comereio está arruinado ó reducido á la primitiva forma de transacciones, vendiendo sus dos ó tres productos á un sólo comprador en el mismo terreno en que los recoge; la libertad de comercio en Portugal es nociva; los portugueses no tienen ninguna industria importante; en suma, aquella sexta parte de nuestra Península carece*

de recursos; se halla pobre, desvalida, y debe echarse en nuestros brazos.

Triste sería para los españoles tener que recojer y amparar á un menesteroso moribundo: pero si Portugal se hallase, en efecto, en circunstancias tan duras, y acudiese á nosotros, indudablemente le recojeríamos y ampararíamos, echándonos al hombro, con caridad fraternal, una carga tan pesada. Por fortuna, no sólo de Portugal, sino nuestra, las cosas distan mucho de esa indigencia y falta de recursos que el vulgo de España supone.

Aunque Portugal, durante la dominacion de los reyes austriacos perdió algunas de sus colonias, de que los holandeses se apoderaron; aunque despues hubo de ceder á Inglaterra la isla de Bombay para que le auxiliase contra nosotros, pudiendo decirse que esta cesion fué el principio del imperio británico en la India, y la abdicacion de la soberanía portuguesa en toda el Asia; y aunque, como prenda de nuestra antigua dominacion, nos dejó la plaza de Ceuta con el pensamiento de domeñar y civilizar á Marruecos, y de hacerle *compensar muriendo el hecho ultraje*, pensamiento que tan mal hemos realizado; todavía conserva Portugal ricas provincias y hermosas colonias en Ultramar, aunque no florecientes como las nuestras.

El imperio del Brasil, separado políticamente de la metrópoli, se une á ella con lazos más estrechos de amistad y de comercio que á España sus antiguas colonias de América. La prosperidad, buen gobierno y

civilizacion del Brasil, hacen más honor á Portugal, que á España la decadencia, guerras perpétuas y revoluciones estériles de las repúblicas americano-españolas. El tráfico entre el Brasil y Portugal es un veneno abundante de riqueza para este último país, cuyas introducciones en aquel imperio acaso sean las más importantes, despues de las de los Estados-Unidos, que surten de harina á aquella poblacion de más de seis millones.

Portugal posee, además de las populosas Azores y de la hermosísima isla de Madera, las islas de Cabo Verde, las de Santo Tomás y Príncipe, que forman grupo con las nuestras de Fernando Póo, y muchos establecimientos en las costas de Angola y Benguela: domina aún, en el África Oriental, sobre 400 leguas de costa, y posee á Mozambique y á Sofala; en la India tiene las provincias de Bedjápour y Guzarate, con las ciudades de Diu, Damaum, Salsete y Goa, donde guarda los sepulcros del gran conquistador guerrero, Albuquerque, y del gran apóstol del Asia, San Francisco Javier, nuestro compatriota; y en la China conserva, por último, á Macao, y en la Oceanía, á Timor, Solor y otras islas.

Todas estas colonias se hallan en bastante decadencia; pero no tanto que no cuenten aún dos millones y medio de almas, que unidos á los tres millones y medio del continente, suman algo más de seis millones.

La riqueza y comercio de Portugal han decaido también de aquella asombrosa prosperidad á que el marqués de Pombal supo impulsarlos; prosperidad

que fué gradualmente aumentándose, hasta llegar á su apogeo en 1807, en que la exportacion en cruzados, con los establecimientos ultramarinos, ascendió á 25.874,000, y la importacion á 42.422,000; la exportacion en cruzados, con las naciones extranjeras á 58.655,000 y la importacion á 41.102,000.

La pérdida del Brasil, las guerras napoleónicas y el fatal tratado de 1810 con los ingleses, concurrieron á acabar ó al ménos á disminuir en gran manera este brillante estado. No se ha de creer, con todo, como cualquiera se inclinará á creer, leyendo el folleto que da ocasion á estos artículos, que Portugal agoniza, que Portugal se muere de inanición.

Pocos años há, en el de 1853, publicó el señor D. José de Aldama Ayala un libro perfectamente hecho y rico en datos de toda clase, que pudieran estudiar algunos españoles, ántes de hablar de Portugal harto ligeramente. El libro lleva por título *Compendio geográfico-estadístico de Portugal y sus posesiones ultramarinas*. De él tomamos algunas noticias para escribir el presente artículo, y á él remitimos á nuestros lectores que quieran enterarse más á fondo de la presente situacion del reino vecino.

El Sr. Aldama responde victoriosamente, con la elocuencia de los números, á los que ponderan la pobreza de los portugueses. Presupone que Portugal es una quinta parte menor que España, y partiendo de este dato, y comparando la importacion y exportacion de Portugal en 1851, que conoce, con las de España en 1854, presenta los siguientes resultados:

Portugal en 1851.

| | |
|---------------------------------------|------------|
| Importacion en pesos fuertes. | 14.957,794 |
| Exportacion. | 11.621,340 |

España en 1854.

| | |
|---------------------------------------|------------|
| Importacion en pesos fuertes. | 40.687,367 |
| Exportacion. | 49.362,506 |

Se deduce de estas cifras que el comercio portugués es de 26.565,959 pesos fuertes, y el de España, que debiera ser cinco veces mayor, esto es, de 152.829,695 pesos fuertes, para ser ambos proporcionalmente iguales, es sólo de 90.562,506: de manera que á España le faltaron aquel año, para ser tan comerciante y rica como Portugal, 42.467,189 pesos fuertes.

El Sr. Aldama añade luego, para consuelo de España: «No se crea, empero, que las grandes diferencias que advertimos á favor de Portugal proceden de que en igualdad de circunstancias el territorio lusitano sea más rico que el español; no hay tal en nuestro concepto; sino que siendo Portugal una faja de terreno estrecha y larga, bañada al S. O. por el Atlántico, desembocando al mar en su territorio los principales rios de la Península, que son navegables en su último trayecto, como tambien algunos de los que nacen en este territorio, disfruta de circunstan-

»cias que auxilian poderosamente al comercio, produciendo decirse que exportan cuanto producen, teniendo luego que importar grandes cantidades de cereales y otros productos naturales y de arte, como sucede en la actualidad. Pero este flujo y reflujo y los cambios á que da lugar, es lo que constituye el verdadero comercio y la riqueza de un país; á la inversa de lo que se observa en varias provincias centrales de España, etc.» Y por último, concluye: «Los números precentes sirven para probar la importancia comercial de Portugal, y demostrar á algunos ignorantes que sin estudiarle ni conocerle le desprecian, figurándose ser un país que vale muy poco, cuán distantes se hallan de la verdad.»

Extraño contraste forman los párrafos citados del Sr. Aldama con la dolorida conmiseracion con que trata nuestro folletista á los portugueses, con aquellas frases fatídicas de *la decadencia por donde vemos precipitarse á Portugal, de la postracion de sus provincias, de sus debilidades y lesiones orgánicas, y de aquel cuerpo falto de vigor y de condiciones vitales, sujeto dentro de un saco de algodón por Inglaterra.*

Pero no sólo en esto, sino en todo, está el libro del Sr. Aldama en abierta contradiccion con el folleto del Sr. Gullon, escrito algo á la ligera. «El número de los que leen y escriben, dice el Sr. Gullon, no crece en Portugal lo que en España ha crecido.» Y el señor Aldama contesta: «En proporcion de las respectivas poblaciones, tenemos por indudable que se lee más en Portugal que en España.» El Sr. Gullon cree que

los portugueses no tienen industria: y el Sr. Aldama contesta que en la exposicion universal de París hubo 446 exponentes de Portugal, de los cuales 218 obtuvieron premio, y llena varias páginas de su libro con una lista de productos y manufacturas de aquella parte de la Península. Así desvanece «el error en que han incurrido casi todos los geógrafos, economistas y viajeros, suponiendo que los portugueses carecen casi enteramente de fábricas,» y asegura que «el desarrollo que ha adquirido la industria manufacturera en Portugal merece la pena de que el gobierno mande formar la estadística, etc.» Con todo, á pesar de los datos estadísticos imperfectos que sobre este particular nos suministra el Sr. Aldama, bien se deja entrever que en punto á fabricacion están los portugueses relativamente, como en punto á comercio, más prósperos que los españoles.

No gozan ya de aquella prosperidad industrial relativa de que á principios de este siglo gozaban, y que llegó á inspirar recelos á los ingleses; pero desde 1820 volvió á reanimarse algo el espíritu industrial, dando las fábricas nacionales señas de vida, compitiendo con los géneros extranjeros en lo interior, y llegando algunos años á exportar para América y Africa, por valor de más de 700,000 duros de nuestra moneda.

No queremos fatigar por más tiempo á nuestros lectores con cifras. Al que desee enterarse mejor de lo que Portugal vale en el dia materialmente, le volvemos á recomendar la lectura del libro del Sr. Aldama,

mientras nosotros nos congratulamos de que Portugal no esté tan abatido y postrado como le pintan algunos, y mientras deseamos y esperamos más unirnos á él porque vale, que no tenderle una mano compasiva y amistosa, al verle desvalido y pobre. Lo primero es compatible con el carácter portugués, que tal vez consideraría la union como decorosa y conveniente; lo segundo, no lo es en manera alguna. En su noble orgullo, nuestros hermanos se resistirian siempre á que los recibiésemos como por piedad; ántes preferirian morir independientes y sólos de la muerte de consuncion con que el folletista los amenaza.

VI.

En vista de los datos del artículo anterior, no parece que los españoles tengamos derecho para decir que en Portugal hay un *abandono forzoso y constante de los grandes intereses materiales, y una escasez ya crónica de recursos, que tan poco se concibe á primera vista en aquella sexta parte de la Península, cuando las otras cinco, con igual suelo, con las mismas condiciones, despues de trastornos más prolongados y trascendentales, gozan una situacion desahogada, próspera y relativamente hasta opulenta.*

Cualquiera libro, cualquiera documento que consultemos para cerciorarnos de esta opulencia relativa de España y de esta indigencia de Portugal, viene á demostrarnos que estamos en un error. Del *Compendio estadístico* del Sr. Aldama pasamos al *Almanaque*

de Gotha, y vemos que España exportó en 1854 por valor de 950 millones de reales, y que Portugal exportó 275, esto es, mucho más de la quinta parte. Vemos asimismo que Portugal tiene en 1858 una marina de guerra que consta de 37 buques con 362 cañones, y España una marina de 82 buques y 887 cañones, y que el ejército efectivo portugués cuenta de 18 á 20.000 hombres; esto es, que si las fuerzas de tierra de Portugal no son relativamente superiores á las de España, no se puede negar que lo son las marítimas.

Dice el Sr. Gullon que el estado de la hacienda pública es en Portugal deplorable: pero no es el de España mucho más satisfactorio, y dice que allí no se ha descubierto aún el modo de igualar los gastos con los ingresos, que se hacen empréstitos, que se aumenta la deuda y que hay déficit todos los años, como si en España no hubiese nada de esto, en igual ó mayor escala.

Es cierto que las rentas del Estado no son en Portugal proporcionalmente iguales á las de España; pero esto puede probar que la administracion es allí más económica, y que el pueblo no está tan sobrecargado de tributos. No hay, sin embargo, ni en esto mismo, una notable inferioridad proporcional. Las rentas del Estado en Portugal vendrán á ser unos 260 millones de reales, de suerte que no es proporcionalmente más rico el Tesoro español, sino en el quinto de lo que exceden nuestras rentas de la cantidad de 1.300 millones.

En lo que sí llevamos á los portugueses una inmensa ventaja es en las colonias. Sólo la renta total de la

isla de Cuba es mayor que la de todo el reino vecino, y su comercio es dos veces más considerable. Esta colonia produce á España de ocho á nueve millones de duros anuales, mientras que las portuguesas nada producen, ántes cuestan á la metrópoli, para custodiarlas, conservarlas y administrarlas pobremente, de tres á cuatro millones de reales al año.

Pero la diferencia más notable en nuestro favor está en el progreso material, rápido y visible, que hay en España desde principios de este siglo, y sobre todo desde hace veinte ó treinta años: mientras que en Portugal apenas hay adelanto en muchas cosas y en otras hay decadencia.

Así es, que mientras más próximos á nuestros dias sean los datos de que nos valgamos para comparar á Portugal con España, más favorables resultarán los datos para ésta última nacion. No negaremos que Portugal adelante; pero no adelanta con tanta rapidez como España. Las rentas de nuestras aduanas, por ejemplo, que en 1818 no pasaban de 90 millones, llegaron á 220 en 1858. Nuestro comercio de importacion y exportacion, del que ya hemos dado la cifra total en 1854, se elevó, en 1858, á la suma de 2,420.112,502 rs. Nuestra marina mercante ha tenido tambien tan considerable aumento, que ya en dicho año de 1858, contaba 5.175 buques; esto es, más que cualquiera otra nacion de Europa, ménos Francia ó Inglaterra.

En la historia de ambos pueblos hay una circunstancia que explica esta situacion respectiva. La guerra

de la Independencia contra Napoleon I influyó en sentido contrario en Portugal que en España. Aquí resucitó y rejuveneció á la nacion, y le imprimió un impulso progresivo, con el que se mueve todavía. Allí la sometió á Inglaterra, agosó su prosperidad, esterilizó su comercio y su industria, y la hizo caer en un desmayo, del que vuelve ahora con trabajo y con pena.

Desde 1808 hay en España una conciencia de nuestro gran sér como nacion, que, á pesar de su noble orgullo y de su grandeza pasada, no tienen con igual vigor los portugueses. A sus hombres de todos los partidos los aqueja siempre un desaliento mucho más hondo que el que aqueja á veces á los españoles. Los liberales, como Garrett, dicen: *fomos, já nao somos*: los absolutistas y legitimistas, como el Sr. Palha, confiesan que la nacion duerme un sueño de muerte desde Alcazarquivir hasta el dia, sueño de que no se ha despertado sino para separarse de España:

Desde entao até agora

N'esse somno que a devora

Tornou de novo a cahir.

No tomamos en todó su valor estos ayes poéticos: comprendemos las exageraciones del patriotismo lastimado; pero las exageraciones y los ayes tienen algun fundamento. La última efflorescencia literaria de Portugal, que empieza con Garrett y produce luego á Mendez Leal, á Latino Coelho, á Juan de Lemus, á Rebello da Silva y á otros ingenios de primer orden,

se parece sin duda á una resurreccion, á un renacimiento del espíritu público nacional; pero no tiene, por desgracia, todos sus caracteres. El patriotismo exclusivo ahoga, no consiente el perfecto desarrollo de ese espíritu público. El pensamiento nacional, si ha de renacer en Portugal y en España, ha de renacer bajo la forma de *iberismo*; pero del iberismo paciente, sereno y firme, que quiere ir con pausa y sosiego á la unidad, por sus pasos y grados naturales, como único medio de recobrar, en las circunstancias presentes del mundo, la fuerza y la preponderancia perdidas, como único medio de que ambos pueblos de Iberia no sean dos pueblos insignificantes, y vuelvan á tener una gran mision en la historia.

De esta suerte es como comprendemos el iberismo. No es una necesidad, y puede ser una conveniencia. No se requiere la union para vivir: Portugal ha vivido bien, con riqueza y prosperidad materiales, y puede vivir del mismo modo sin nosotros: Portugal, sin nosotros, puede llegar á ser una nacion más industrial, más rica, más comerciante, más abastada que Bélgica; pero Portugal, sin nosotros, no puede ser una gran nacion, y Portugal aspira á serlo. Portugal no puede renegar de su pasado. Nosotros hacemos precisamente un argumento contrario al del señor Gullon. Este es *ibérico*, porque no estima tanto como nosotros lo extraordinario y sublime de las historias portuguesas: nosotros lo somos, aunque relegando para el porvenir la realizacion de nuestras esperanzas, porque nos admiramos de esas historias. Si

Portugal no las tuviera, sus poetas, sus políticos, sus escritores y pensadores tendrian otro ideal más *bourgeois*, más humilde, ménos heróico: se limitarían á ser codiciosos y no tendrian ambicion. Esas quejas de *fomos, já nao somos*, no saldrian de lábios portugueses; ni mereceria tanto dolor el que hubiera unas cuantas fábricas ménos ó el que el comercio portugués de 1861 no respondiera al de 1807. Aquella prosperidad puede renovarse fácilmente; pero Portugal no puede quedar satisfecho con aquella prosperidad. La condicion, la índole, el instinto, las tradiciones de todo portugués le mueven y arrastran á propósitos y fines más levantados. Ningun portugués negará esto, puesta la mano sobre el corazon. Esto, pues, y no la necesidad de vivir, para lo cual no nos necesitan, es lo que más tarde ó más temprano los traerá á todos al iberismo. No será la idea de que valen poco, no será el sentimiento de postracion y de humildad, sino el orgullo nacional y los ensueños ambiciosos y las *saudades* del pasado poderío lo que ha de impulsarlos á hacerse ibéricos, no resignándose á ser ricos y prósperos, pero poco importantes, como Bélgica ó Suiza.

En el siglo xviii, casi desde el momento de la separacion de España han estado los portugueses ricos y prósperos, relativamente á su pequeñez de poblacion y de territorio, y comparándolos con las demás naciones de Europa. Sin embargo, ni Portugal ni los portugueses están satisfechos de aquella época, como no lo estaria un gran príncipe que perdida su corona adquiriese dinero y bienestar, consagrándose sólo á las pro-

sáicas ocupaciones del labrador, del mercader ó del fabricante. El trono, el cetro, la dominacion pasada le atormentarian de continuo con su recuerdo, y hasta le embargarían el espíritu, impidiéndole que se ocupase con fruto en sus nuevas y plebeyas faenas.

Los portugueses anhelan aún, y tienen fatalmente que seguir anhelando, ser una gran nacion. Desde este punto de vista, en esta situacion de ánimo es como ellos mismos reprueban y desprecian lo que en absoluto ni desprecio ni reprobacion merece. Como el ilustrado escritor Lopez de Mendonça, llaman á su historia, desde 1640 hasta hace poco, un *longo pesadelo de dusentos annos*; condenan á D. Juan IV porque vendió á Inglaterra las posesiones de la India y la ciudad de Tãnger; declaran á D. Pedro II un bajá de Inglaterra; escarnecen á D. Juan V, á pesar de fundar el patriarcado, pagando á *peso d'ouro a insaciavel cubiça do Papa*, y á pesar de haber edificado á *Mafra, grande monumento material sin pensamento*, Escorial sin San Quintin; y apenas si conceden que Portugal siguiese la corriente civilizadora de Europa, en tiempo del despótico, aunque admirable é inteligente marqués de Pombal.

Los portugueses tienen, pues, otras aspiraciones que no diremos que se logren con la futura union; pero sí diremos que, en el presente estado del mundo, no hay otro medio de que se logren.

Por esto son los portugueses, aunque se hagan violencia para ser lo contrario, bastante más ibéricos que nosotros. Pero el iberismo nace del orgullo y del

amor de la pátria, y combatir en ellos estos nobilísimos sentimientos es combatir el iberismo.

El verdadero espíritu nacional portugués no puede ser adverso. El verdadero espíritu nacional portugués tiene que ser español. Despues de la fatal revolucion de 1640 no renació ese espíritu: ahora es cuando de cierto renace. ¿Cómo comparar, por ejemplo, al conde de Ericeira con Herculano, á cualquier poeta gongorino de entónces con un Juan de Lemus, con un Patos Bullao, con un Garrett? Sólo Vieira, dice el señor Lopes de Mendonça, era entónces un escritor inspirado; pero no recibia aliento inspirador de la pátria, sino del jesuitismo, de aquella poderosa asociacion á que pertenecia.

En el sétimo artículo, que será el último de esta série, diremos cuáles son los medios que, á nuestro ver, se han de ir empleando para aproximarse lenta y seguramente á esta unidad, á esta confederacion, ó por lo ménos, á esta estrecha alianza á que el destino y la condicion natural de españoles y portugueses nos impulsan con impulso providencial é inevitable, el cual crece, no en razon inversa de la vida propia de Portugal, sino en razon directa del desarrollo moral y material de ambas naciones, y de las esperanzas, aspiraciones y deseos que este desarrollo trae consigo.

VII.

Por todo lo que hemos dicho hasta aquí, se vé con claridad que la union de ambos reinos peninsulares